



RAÚL ALDUNATE

# RUIDO DE SABLES

*"Señores Oficiales. Tengan cuidado. Este vicio de la política es como cuando los perros comen huevos. Aunque les quemen el hocico, siguen comiendo".*  
(Hartolomé Blanche).

Este libro de RAPH (Raúl Aldunate Phillips) es, al mismo tiempo, crónica animada y pintoresca de la "revolución de los tenientes" y radiografía de un singular combate: el de un grupo de hombres jóvenes, resueltos, ambiciosos, brillantes y bien intencionados —los tenientes— con la sociedad y la política de su época.

La conclusión es que estas últimas habrían vencido, absorbiendo y neutralizando a los oficiales del 26, de no haber existido entre ellos uno más admi- que cualquier aristócrata y más taimado que cualquier político: Ibáñez.

Los tenientes comenzaron su más programa que una sorda irritación contra el Senado que, manteniendo a los militares, "los grandes mudos", a ración de hambre, se preparaba a sancionar la "dieta parlamentaria". Una primera visita de los oficiales a las tribunas del Senado —2 de Septiembre— se tradujo sólo en "hacer acompañamiento ruido con las conteras de sus sables".

El odeón senatorial, Pamplona, les rogaba nerviosamente mantuvieran el silencio. Ellos respondían con hurla:

"¡Pamplinas, Pamplona!"

Luego "abandonar la sala y descender por la amplia escalera de mármol, sintiéndose en el momento un "ruido de sables", que paulatinamente se aleja".

Fue la primera intervención de los tenientes en política.

De inmediato comienzan los forcejeos de cada bando para canalizar en su provecho esta nueva fuerza. La oposición anti-alexandrista, la "Unión Nacional", critica la "cieta" y aplaude a los militares; (sus voceros hablan de "eloquente protesta" ("El Diario Ilustrado") y de "acto técnicamente correcto" ("La Nación").

Pero Alessandri es más audaz. Tras el segundo ruido de sables en el Senado, el astuto ex-Presidente, a la medianoche del 4 de Septiembre, toma contacto con los discípulos oficiales y les "sople" su programa. En él, junto a las reivindicaciones propias de los militan-

tes, están las leyes nuevas al mandatario (y cuyo despacho no ha podido obtener: Código del Trabajo, Impuesto a la Renta)... Así el "pliego de peticiones" que los tenientes leen a Alessandri en La Moneda, el 5 de Septiembre, es sustancialmente obra del mismo Alessandri.

Al escuchar el pliego en el Salón Rojo de palacio, el "León de Tarapacá" cree sin duda haberle arrebatado los codiciados oficiales a la "Unión Nacional", trayéndolos a su propio bando, la "Alianza Liberal". Lo viene a sacar de su ilusión la voz de un Teniente, Alejandro Lazo, que interrumpe al Ministro del Interior, Aguirre Cerda, con un seco: "No hemos venido a pedir opiniones. Hemos venido aquí a exigir y no a pedir".

"¿Qué se ha imaginado el so insolente de mí?" —ruge Alessandri, abalanzándose sobre Lazo.

¿Cómo podría saber el Presidente que el osado oficial es el brazo derecho del cerco y silencioso mayor Ibáñez, director de la Escuela de Caballería?

Desde entonces es Ibáñez quien dirige a los oficiales, con un magnetismo peculiar, hecho de dureza y pocas palabras. Ibáñez evitará que la revolución de los tenientes sirva a cualquier grupo político, o a la aristocracia... porque lo serviría sólo a él.

Así en dos horas, el 8 de Septiembre, Senado y Cámara despachan catorce leyes, las del pliego, que son también las de Alessandri. Pero el mismo día los militares fuerzan la renuncia del

"León", (que a poco saldrá rumbo a Europa con sus legendarios cuarenta pesos en el bolsillo).

La "Unión Nacional" exulta, la "buena sociedad" idoliza a los tenientes... pero ésta y aquélla levantan la postulación a la Presidencia de Luisitao Errázuriz, brillante paradigma del Chile tradicional, el 8 de Enero. Ibáñez responde con un golpe fulminante: el "cuartelazo" del 23 de Enero, que derriba la Junta del General Altamirano, a cuya sombra crecía la candidatura Errázuriz, y sepulta a esta última.

Volverá entonces Alessandri... lo sucederá, como Vicepresidente, Barros Borgoño... será luego elegido mandataria Figueroa, el picaronesco "don Emiliano" de las blancas barbas. Pero siempre habrá un Ministro de Guerra inamovible, el todopoderoso Ibáñez, ahora Coronel. Sólo Alessandri se atreverá a intentar echarlo... y será, en cambio, echado él por Ibáñez, en la posdata de una carta:

"P.D.: En vista de la situación producida y de ser el infrascripto el único Ministro en ejercicio, me permito rogar a S.E., en nombre de la Patria y de la paz social, que careciendo de todo valor, según los preceptos de la antigua y nueva Constitución, solo comunicando sin la firma del Ministro respectivo, se sirva no dirigirse a ninguna autoridad u organismo nacional o particular sin el requisito de mi firma como único Ministro en funciones. Vale".

¡Vale!

(Los partidos... la aristocracia... los tenientes... Alessandri... Barros Borgoño... "don Emiliano": son, en la lista de RAPH, "los peldaños del corozo".) Ibáñez surge así como el político por excelencia de la época, usado por nadie pero que a todos usa, hasta asumir "constitucionalmente" la Presidencia de la República en 1927. Han pasado menos de dos años desde el ruido de sables y, una vez más, la revolución ha desembocado en el cesarismo.

## Ruido de sables. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Ruido de sables. [artículo]

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile